

ENTRE MUJERES «PULPO» Y EL DESARROLLO DE FORMAS DE (AUTO)CUIDADO. ETNOGRAFÍA DE CUIDADOS COLECTIVOS Y EXPERIENCIAS DE MUJERES TITULARES DE PROGRAMAS SOCIALES

Florencia Daniela Pacífico*

Centro de Innovación de los Trabajadores,
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Buenos Aires
flor.pacifico@gmail.com

RESUMEN

Este artículo se centra en el análisis etnográfico de una serie de procesos de organización colectiva generados en torno al cuidado en sectores populares, analizando específicamente las prácticas de mujeres que integran cooperativas y participan de espacios formativos surgidos al calor de un programa social. Tomando de base un trabajo de campo realizado junto a titulares del *Ellas Hacen* (Argentina), se interrogan los sentidos y prácticas de cuidado construidas por estas mujeres, evidenciando la centralidad de una serie de tramas colaborativas que tensionan modelos familiaristas y maternalistas del cuidado. Recuperando aportes de la economía feminista y de una mirada antropológica y etnográfica sobre lo colectivo, se propone abordar estas dinámicas de cuidado repensando los límites entre población autónoma/dependiente o ámbitos públicos/privados. Se sostiene la importancia de indagar en los vínculos entre cuidado de los otros y autocuidado, interrogando etnográficamente aquello que se produce en el *transcurrir* del cuidar.

PALABRAS CLAVE: cuidados, economía feminista, prácticas colectivas, etnografía.

BETWEEN «OCTOPUS WOMEN» AND GENERATING (SELF-)CARE PRACTICES. ETNOGRAPHY OF COLLECTIVE CARE AND EXPERIENCES OF WOMEN BENEFICIARY OF SOCIAL PROGRAMS

ABSTRACT

This article proposes an ethnographic analysis of collective organization processes generated around care in popular sectors, specifically analyzing the practices of women who are members of cooperatives and participate in social programs training spaces. Based on an ethnographic research developed with women beneficiaries of «Ellas Hacen» social program (Argentina), we interrogate the meanings and practices toward care built by these women, showing the centrality of collective practices in tension with familiaristic and maternalistic models of care. Recovering contributions from feminist economics and from an anthropological and ethnographic perspective on the collective, we show that these dynamics of care allow to rethink the limits between the autonomous/dependent population or public/private spheres. We argue in favor of inquiring in the boundaries between care of others and self-care, interrogating what is produced during the process of caring.

KEYWORDS: care, feminist economy, collective practices, ethnography



0. INTRODUCCIÓN

La noción de cuidados ha cobrado creciente relevancia en el debate académico de las últimas décadas. Una serie de procesos históricos a nivel global tales como el aumento en la tasa de ocupación femenina, el envejecimiento de la población y el aceleramiento de redes migratorias contribuyeron a la expansión de investigaciones sobre el tema dando lugar a una diversidad de interrogantes y enfoques analíticos que trascendieron límites disciplinares y fronteras entre países.

Sin lugar a dudas, el aporte que la economía feminista ha brindado desde la década de 1970 resultó central y abrió un camino fértil sobre el cual se inscribieron buena parte de los interrogantes académicos y luchas políticas de las décadas posteriores. Desde una mirada crítica a la economía ortodoxa, dicha perspectiva permitió evidenciar que esta disciplina se había centrado mayormente en analizar procesos de producción de mercancías y trabajos remunerados otorgándoles insuficiente atención a aquellas actividades de cuidado que, frecuentemente realizadas por mujeres en espacios domésticos, no poseían remuneración a pesar de ser centrales para el mantenimiento de la vida humana (Carrasco, Borderías y Torns 32). Además de subrayar los aportes del trabajo no remunerado, estas contribuciones permitieron visibilizar sus vínculos con los procesos de acumulación de capital y ampliación de la renta, articulando en un mismo cuadro analítico a actividades productivas y reproductivas (Picchio 23)

De forma articulada, la economía feminista también abrió un terreno fértil para pensar a estos cuidados más allá de los límites de la familia nuclear y de los espacios domésticos; interrogando la variedad de arreglos y estrategias que intervienen en su abordaje. Con nociones como las de «cuidado social» –*social care*– (Daly y Lewis 285), «diamante del cuidado» (Razavi 20) u «organización social del cuidado»¹ (Esquivel 20, Faur 25-27) se puso de relieve la necesaria participación conjunta de la familia, el Estado, el mercado y la comunidad. En Latinoamérica estos conceptos y especialmente el de organización social de cuidados han sido particularmente influyentes, permitiendo visibilizar las desigualdades de clase, género y raza que atraviesan el desarrollo de tareas de cuidado y reproductivas. Recuperando la crítica feminista al modelo de varón proveedor / mujer cuidadora que subyacía en las concepciones clásicas del Estado de Bienestar, la consideración del lugar de la intervención estatal y de las acciones de la comunidad en la provisión y distribución de los cuidados permitió delinear interrogantes en torno a sus grados de desfamiliarización y desmercantilización (Faur 36-37). Si la primera noción pone hincapié en la generación de dinámicas que permitan resolver las necesidades de aquellos sectores de la población considerados dependientes descentrando de la esfera de lo íntimo, privado o doméstico; la segunda categoría evidencia la operatoria de

* ORCID 0000-0001-8925-3984.

¹ Utilizaré comillas para frases y expresiones que corresponden a citas textuales y discursos de mis interlocutores e interlocutoras del trabajo de campo.

asimetrías de clase, explorando los modos en que la posibilidad de acceder o no a servicios de cuidado remunerados actúa reproduciendo desigualdades entre mujeres de distintos sectores sociales (Rodríguez Enríquez, *Organización* 7, Faur 42). Una característica saliente del modo en que se desarrollan estos procesos en Argentina y el resto de América Latina ha sido la centralidad del sector comunitario y las redes de ayuda entre mujeres como modalidad que adopta el cuidado infantil en los sectores populares, tal como ha sido abordado por una serie de investigaciones (Pautassi y Zibecchi 64, Santillán 92: Vega y Martínez 67).

Este artículo aborda una serie de procesos de organización colectiva generados en torno al cuidado en sectores populares, a partir del análisis etnográfico de las prácticas de mujeres que integran cooperativas y participan de espacios formativos surgidos al calor de un programa social. Se recuperan resultados del trabajo de campo desarrollado entre 2014 y 2018 junto a titulares del *Ellas Hacen*, un programa estatal que tuvo como objetivo lograr la «inclusión social» de mujeres desocupadas, jefas de hogares monoparentales, con tres o más hijos a cargo menores de 18 años o discapacitados o que sufran violencia de género. Dicho programa, que fue implementado a nivel nacional en Argentina entre 2013 y 2018, propuso la creación de cooperativas y la participación de las mujeres en espacios formativos, transfiriendo ingresos monetarios mensuales como formas de «fortalecer las capacidades humanas y sociales de las mujeres jefas de hogar» (Res. MDSN 2176/13). En este artículo nos centraremos en las perspectivas y experiencias de sus titulares, buscando interrogar los modos en que se produjeron arreglos dirigidos a gestionar cotidianamente el cuidado de sus hijos e hijas y construir condiciones de posibilidad que les permitan participar de espacios formativos y modalidades organización colectiva generados en torno a la implementación del programa.

Específicamente, y recuperando los resultados de mi tesis doctoral², las reflexiones que comparto en estas páginas tienen como punto de partida un desplazamiento que pretende descentrar del análisis de los programas –sus características, enfoques, líneas de intervención– para focalizar en las vidas de sus destinatarias. En este sentido, el objetivo no será dimensionar los límites y alcances de las políticas o evaluar su eficacia a la hora de cumplir con objetivos preestablecidos. En cambio, el

² Me refiero a la tesis para obtención de título de doctora en Antropología Social. La investigación comprendió un análisis etnográfico de procesos de organización colectiva de mujeres de sectores populares vinculados a la implementación de programas estatales y la acción de organizaciones sociales. El diseño metodológico involucró el desarrollo de jornadas de trabajo de campo con observación participante junto a integrantes de cooperativas de trabajo creadas a partir de los programas *Argentina Trabaja* y *Ellas Hacen* entre noviembre de 2014 y julio de 2018 y la realización de entrevistas abiertas en profundidad entre octubre de 2018 y enero de 2019. Los hallazgos etnográficos que se comparten en estas páginas comprenden el trabajo de campo realizado junto a mujeres titulares del *Ellas Hacen* en los distritos de Tres de Febrero y Moreno (zona noroeste de Gran Buenos Aires). Por abordaje etnográfico se entiende una forma de construir conocimiento que parte de interacciones establecidas a partir de la experiencia prolongada en el campo (Rockwell 22). Considerando el trabajo de campo como instancia de trabajo analítico que permite elaborar formulaciones teóricas sobre la base de la «acción vivida» (Peirano 386).





artículo presenta una exploración etnográfica de las tramas de relaciones que tejen las mujeres cotidianamente procurando capturar el modo en que el cuidado de los hijos e hijas se entrecruza con su participación en espacios de trabajo y formación propuestos por un programa estatal y con el desarrollo de prácticas de militancia.

Estas reflexiones se nutren de los diálogos mantenidos junto a quienes formamos parte de un proyecto de investigación más amplio, referido al estudio de procesos de organización colectiva de sectores populares y su articulación con distintas formas de gobierno³. Desde esta línea de investigación hemos desarrollado análisis etnográficos centrados en aprehender las formas en que sectores populares generan iniciativas individuales y colectivas dirigidas a reproducir la vida construyendo arreglos orientados a resolver el cuidado infantil, el acceso a la vivienda, la alimentación, la resolución de situaciones de violencia. En esta dirección, y como ha sido sostenido en anteriores trabajos, parto de explorar las prácticas cotidianas de titulares del *Ellas Hacen* otorgándole, centralidad a las tramas de colaboración comunitarias y prácticas colectivas que se ponen en práctica para construir modalidades de cuidado, reconociendo la relevancia de estos procesos a la hora de construir condiciones de posibilidad para su participación en el programa (Fernández Álvarez y Pacífico 1; Sciortino, *Etnografía* 64). En sintonía con estas reflexiones, este artículo recupera de la economía feminista la apuesta por abordar estas dinámicas repensando los límites entre población autónoma/dependiente o ámbitos públicos/privado. Argumentaré que lejos de constituir una «necesidad» exclusiva de un grupo poblacional específico y plausible de resolverse de forma individual o dentro de los límites de la familia nuclear, el cuidado emerge como un proceso que produce relaciones, motorizando reflexiones e intervenciones sobre un conjunto más amplio de problemáticas derivadas de asimetrías de género. Hacia el final, brindo algunas reflexiones acerca del aporte de una perspectiva etnográfica y centrada en las prácticas colectivas para el estudio de los cuidados.

1. LA MUJER PULPO: SENTIDOS DEL CUIDADO EN LA IMPLEMENTACIÓN DEL PROGRAMA ELLAS HACEN

Una mañana de marzo de 2015 asistí a un evento convocado por el *Ellas Hacen* en una plaza céntrica del distrito bonaerense de Moreno. Se trataba de una jornada organizada desde uno de los espacios de capacitación planificados desde el programa⁴. La actividad llevaba el nombre de *Mujer y memoria* y coincidía con fechas

³ Proyectos UBACYT «Prácticas políticas colectivas, modos de agremiación y experiencia cotidiana: etnografía de prácticas de organización de trabajadores de sectores populares» (2018-2020) y PICT 0659-2015 «Prácticas políticas colectivas, modos de gobierno y vida cotidiana: etnografía de la producción de bienes, servicios y cuidados en sectores subalternos».

⁴ Se trataba de los talleres de *Género y Proyectos de País*, los cuales consistían en encuentros semanales de reflexión en torno a tres módulos: Género, Economía Social y Comunicación. Estas capacitaciones constituyeron el segundo taller con más cobertura dentro del programa en la

cercanas tanto al Día Internacional de la Mujer Trabajadora –el 8 de marzo– como a la fecha de conmemoración del comienzo de la última dictadura cívico-militar en Argentina, el 24 del mismo mes. La jornada incluyó una feria en donde se exhibieron productos realizados por algunas cooperativas, una radio abierta y la entrega de material de divulgación que sintetizaba contenidos trabajados en las capacitaciones. A modo de cierre, se puso en escena una breve obra de teatro.

Desde un micrófono, una de las titulares del programa leía diálogos mientras las demás interpretaban los personajes. La protagonista dramatizaba la rutina con la que se organizaba un día en su vida cotidiana. Comenzaba despertando a su marido y a sus hijos, planchaba una camisa y preparaba el desayuno. Luego, llevaba a sus hijos al colegio. Ni bien los había dejado en la puerta de la escuela, prácticamente corría para acudir ella también a estudiar en la sede del *Plan Fines*⁵. Al terminar su horario de cursada, salía nuevamente en búsqueda de sus hijos y mientras tanto su marido le pedía por teléfono que prepare el almuerzo. Compraba milanesas de camino a su casa. Al almorzar, mediaba en las peleas de sus hijos y les insistía sin éxito en que «la ayuden con la mesa». Luego del almuerzo, la presidenta de su cooperativa la llamaba para recordarle que a las 14 horas se veían en un club de barrio, para realizar la instalación de agua, tal como habían aprendido en el curso de plomería. Su día terminaba cuando, al llegar a casa y luego de ayudar a sus hijos con las tareas de la escuela, preparar la cena y lavar los platos, se quedaba dormida en la mesa mientras intentaba realizar sus tareas del secundario. Desde la cama, llegaba la voz de su marido persuadiéndola para que dejase de estudiar y se acueste con él.

La escenificación fue recibida con aplausos, risas y exclamaciones. Los comentarios que sobrevinieron pusieron de manifiesto que se trataba de una escena efectiva en despertar la identificación de la audiencia. La representación ponía el foco en el intenso esfuerzo, cansancio físico y mental que demandaba cumplir con diversas actividades. La participación en los espacios formativos requería de una estricta gestión de horarios y debía compatibilizarse cotidianamente con los trabajos de cuidado: ir a buscar a los hijos e hijas a la escuela, preparar comidas, ayudar con tareas escolares. Se destacaba también la intención de mostrar la casi completa ausencia de ayuda o corresponsabilidad por parte de otras personas para realizar todas estas actividades. El marido aparecía en varias escenas como una voz en *off*, en el teléfono o hablando desde la cama, y la escuela constituía el único servicio de infraestructura de cuidado con el que contaba la protagonista.

La escena resulta particularmente ilustrativa de una serie de procesos que han sido ampliamente documentados en Argentina y el resto de Latinoamérica y que configuran un panorama asimétrico en la distribución del trabajo de cuidados.

provincia de Buenos Aires, alcanzando al 44% de las mujeres. Fuente ARGENTINA MDS «Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015».

⁵ El *Plan Fines* (Finalización de Estudios Secundarios) es un programa educativo dirigido a jóvenes y adultos que consistió en un Bachiller de tres años de duración con una regularidad de tres veces semanales y sedes cercanas a los domicilios de los y las estudiantes.



Por un lado, la insuficiencia en la provisión pública de servicios de cuidado infantil ha sido reconocida como un factor de suma relevancia en la constitución de aquellas inequidades de género y clase que caracterizan a la organización social del cuidado, en tanto la oferta mercantil acaba segmentando el acceso de la población a estos servicios y genera menores oportunidades de inserción laboral para las mujeres de sectores populares (Rodríguez Enríquez, *Organización* 54, Faur 115-116). Por otro lado, el carácter maternalista y familista de las políticas sociales implementadas en la región constituye un elemento que complejiza estas desigualdades al asignarles a las mujeres destinatarias de programas sociales responsabilidades que derivan de la naturalización de su rol de «madres» (Molyneux 2; Rodríguez Enríquez, *Programas* 26-27, Faur 163)

Específicamente, en Argentina, a partir de mediados de la década de 1990 comenzaron a implementarse un conjunto de políticas de transferencia de ingresos dirigidas a paliar problemáticas vinculadas con el aumento de la desocupación y la pobreza. Pese a que las mujeres se encontraron sobrerrepresentadas como destinatarias de estas políticas, dicha titularidad estuvo a menudo asociada a su interpelación como encargadas del cuidado y el bienestar familiar, definiéndolas más como «beneficiarias operativas» (Rodríguez Enríquez, *Programas* 32) o «mediadoras» (Pautassi 37) entre sus hijos y el Estado que como sujetas de derecho. El análisis de programas sociales paradigmáticos en esta dirección, como el *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*, reveló que desde la planificación estatal, las mujeres fueron convocadas naturalizando su rol materno, reproduciendo la división sexual del trabajo y asimetrías de género (Zibecchi 13, Anzorena 229) y desestimulando su inserción laboral (Rodríguez Gusta 23). El supuesto de que el cuidado de las personas dependientes constituye una responsabilidad individual y femenina tuvo continuidad en el reordenamiento de los receptores del *Plan Jefes y Jefas* a partir de 2005, el cual supuso la definición de la gran mayoría de las mujeres beneficiarias como «inempleables» o «vulnerables» y acabó subsidiando su regreso al hogar (Anzorena 238) al proponer su migración a un nuevo programa llamado *Familias por la inclusión social*, cuyas condicionalidades estuvieron exclusivamente referidas a la escolaridad y controles sanitarios de los hijos e hijas a cargo (Pautassi 25).

En cuanto al *Ellas Hacen*, su contexto de surgimiento y sus características poseen puntos de diferencia con respecto a los programas de empleo transitorio y transferencia condicionada de ingresos implementados en la década previa. Por un lado, vale la pena considerar que su lanzamiento, en el año 2013, se encuentra enmarcado en el *Programa de Ingreso Social con Trabajo: Argentina Trabaja*, formando así parte de un conjunto de políticas implementadas entre 2003 y 2015 y orientadas al fomento de la actividad económica a partir de la promoción del cooperativismo y la economía social (Vuotto 18, Hopp 8). Así, si bien se trató de una política dirigida especialmente a mujeres cuyos criterios de elegibilidad contemplaban su condición de «jefa de hogar monoparental», los objetivos del programa trascendieron su interpelación como «madres» o «cuidadoras», al promover su incorporación en cooperativas de trabajo y espacios formativos orientados al aprendizaje de oficios, la terminalidad educativa y el desarrollo de talleres «con perspectiva de género». De hecho, su creación se fundamentó en diagnósticos acerca de los impactos que la participación en



cooperativas creadas a partir del *Argentina Trabaja* había tenido en «la autoestima y valorización de las mujeres» destacándose la centralidad de su incorporación en espacios formativos y en tareas consideradas «tradicionalmente masculinas» (MDSN, *Informe*, 7). Así, el aprendizaje de oficios vinculados a la construcción –tales como la plomería, electricidad y albañilería– fue presentado como una estrategia dirigida a la ruptura de estereotipos laborales, procurando problematizar roles asociados a lo femenino y lo masculino.

La obra de teatro montada por las titulares y reconstruida más arriba da cuenta del modo en que estos objetivos se encarnaban en la vida cotidiana ocasionando un gran desgaste y cansancio que se desprendía de la necesidad de articular una gran variedad de responsabilidades y tareas superpuestas. Tal como lo refieren otros estudios, la ausencia de una infraestructura y recursos destinados a atender el cuidado de los hijos e hijas de las titulares y la omisión de esta cuestión en el diseño e implementación del *Ellas Hacen* impusieron desafíos para la promoción de la autonomía femenina y la transformación de roles de género (Arcidiácono y Bermúdez 13, Amaya Guerrero, Guerrero y Zangaro 213, Voria 227). Al no verse acompañada por la redistribución de labores domésticas y de cuidado, su incorporación a nuevos espacios formativos y de trabajo demandaba esfuerzos y sobrecarga de tareas en la organización cotidiana, confirmando la vigencia de aspectos ligados a la tradicional división sexual del trabajo.

Esta superposición de múltiples actividades solía ser tema de conversación entre las titulares. En los talleres de *Género y Proyectos de País*, estas cuestiones formaban parte de los contenidos abordados por las talleristas, cuyas propuestas apuntaban a promover reflexiones orientadas a «desnaturalizar» los sentidos asociados a lo masculino y a lo femenino. En marzo de 2014, tan sólo algunas semanas atrás de que tuvieran lugar las jornadas de *Mujer y Memoria* a las que hicimos referencia más arriba, se habían dedicado algunos encuentros a reflexionar acerca de los estereotipos de género construidos en torno a los trabajos y las desigualdades entre hombres y mujeres. Para tal fin, se desarrollaron actividades tales como el análisis de letras de canciones, chistes y publicidades; la enumeración de trabajos productivos y reproductivos; la lectura de textos sobre feminismo; la discusión de documentos elaborados por ONU mujeres, entre otras. En uno de estos encuentros, la tallerista convocó a las titulares a que piensen y enumeren «las cosas que hacían en sus casas» y les preguntó con quiénes compartían esas tareas. Rápidamente, las mujeres presentes respondieron con una lista de acciones: «cocinamos, limpiamos, llevamos a los chicos a la escuela», y la tallerista afirmó que esas tareas constituían trabajos reproductivos y que, aunque no tuvieran remuneración económica o hayan sido invisibilizados, eran valiosos y necesarios. La conversación fue derivando en la puesta en común de experiencias acerca de la distribución de tareas en sus casas y los cambios que habían surgido en sus dinámicas de organización cotidiana tras su incorporación en las cooperativas:

- Yo los lunes siempre me ocupaba de lavar la ropa y ahora la estoy lavando los domingos porque los lunes venimos acá. Ayer se fueron todos de paseo y yo me tuve que quedar lavando, una pila así de ropa me había dejado!!



–dijo una de las titulares colocando su mano a más de un metro sobre el nivel del piso

- Yo el domingo, volvía de la movilización y lo dejé a mi marido arreglando el piso. Cuando llegué, todos los teléfonos tenían llamadas perdidas. «¿Qué no podías atender?» Le pregunté. Y me dijo «No, estaba trabajando». Bien que cuando yo estoy en casa me dice «¿Cómo no atendés el teléfono?». Pero él no puede hacer dos cosas a la vez!!
- ¡El otro día estaba en la plaza tomando mate con una amiga y escuchaba que una mujer! –decía que las mujeres somos como un pulpo, hacemos mil cosas a la vez!! –dijo entonces la tallerista.

Las distintas mujeres allí presentes respondieron con risas y enumeraron situaciones en las que realizaban múltiples tareas en simultáneo. Luego, la tallerista volvió a tomar la palabra y habló de construcciones sociales de género en las que se enmarcan estas experiencias, remarcando que no se trataba de «algo natural». Luego, les preguntó si creían que los hombres podían realizar «tareas de la casa». Como respuesta, surgieron comentarios que describían una serie de situaciones vinculadas a la negativa por parte de sus maridos a involucrarse en las prácticas de cuidado y otras tareas domésticas. «Poder pueden, pero no quieren», «Está acostumbrado a tener todo servido», «Lo dejo con los nenes y sólo les prepara arroz hervido y mate», fueron algunas de las declaraciones que dejé asentadas en mis registros de campo. También, algunas mujeres compartieron algunos pequeños cambios que habían logrado poner en práctica al respecto de la organización familiar y que suponían delegar algunas tareas como hacer las compras o preparar el desayuno, al tiempo que repensar las formas en que estos roles de género se reproducían en la crianza. «Yo a mi hijo de 16 años lo hago lavar los platos igual que a mis hijas», ilustró una de las titulares.

El encuentro cerró con una última actividad en la que se nos propuso que pensáramos sueños y objetivos para el futuro y que reflexionáramos acerca de los obstáculos que creíamos que enfrentaríamos para alcanzarlos. Se compartieron anhelos de terminar o comenzar trayectorias formativas y deseos de «progreso» vinculados a conseguir un «buen trabajo». La mención al cuidado volvió a hacerse presente al pensar en los posibles «desafíos: la necesidad de resolver “con quién dejar a los chicos” y la posibilidad de “esperar a que estén más grandes”» aparecía de forma recurrente en estas conversaciones.

Tanto los intercambios durante la capacitación como la puesta en escena de la obra de teatro ponían de relieve una serie de cambios que el ingreso al programa había suscitado en las vidas de las mujeres y los desafíos que enfrentaban ante las escasas oportunidades para delegar trabajos domésticos y de cuidados. En este sentido, se observan fenómenos similares a aquellos identificados en análisis acerca de la participación de mujeres en otras prácticas colectivas, tales como los procesos de recuperación de empresas (Fernández Álvarez: *Cuidar* 18, Fernández Álvarez y Partenio 133) y movimientos de desocupados (Espinosa 282). Aquí también, las condiciones de posibilidad para incorporarse en espacios de formación, trabajo y otras prácticas políticas dependían de una compleja articulación y negociación de tiempos antes destinados a realizar trabajos domésticos (Fernández Álvarez y Partenio 133).



Si bien el diseño del programa incorporaba entre sus objetivos la voluntad de apuntar hacia la ruptura de estereotipos laborales y desigualdades de género mediante la incorporación de mujeres en espacios de trabajo y formación, la ausencia de políticas que promuevan la corresponsabilidad de los cuidados imponía desafíos a estos objetivos. En este sentido, nuestros hallazgos coinciden con aquello que ha sostenido Silvana Sciortino (66) en su etnografía sobre las prácticas de mujeres titulares del mismo programa en La Plata. La autora destaca que para poder realizar las tareas de albañilería promovidas por el programa, las integrantes de las cooperativas debían establecer ellas mismas la manera más eficiente posible para resolver el cuidado infantil. En este contexto, el desarrollo de prácticas colectivas de cuidado entre las titulares (Fernández Álvarez y Pacífico 5) o de tramas colaborativas sostenidas a partir de redes de la familia extendida (Sciortino 12) cobró relevancia a la hora de tornar posible su participación en las cooperativas y afrontar desigualdades estructurales de género. Recogiendo el aporte de estas observaciones, a continuación, exploraré aquellos arreglos colectivos de cuidado que pude registrar durante mi trabajo de campo junto a titulares del *Ellas Hacen*. Me interesa dar cuenta de los modos en que la participación en procesos de organización y el encuentro con otras mujeres produce tensiones en aquellas comprensiones familiaristas del cuidado, que lo sitúan mayoritariamente como un asunto a resolverse dentro del ámbito de lo privado-doméstico.

2. «VENÍ, QUE YO TE LOS MIRO». CUIDADOS QUE CIRCULAN «MÁS ALLÁ» DEL PROGRAMA

Una de las alternativas que más frecuentemente adoptaban las titulares del programa para poder cumplir con las actividades formativas propuestas y, al mismo tiempo, responder a las necesidades de cuidado de sus hijos e hijas consistía en concurrir a dichos espacios acompañadas por ellos y ellas. Desde el programa esta práctica era aceptada y durante las capacitaciones solía haber en los grupos de diez o quince mujeres que conversaban, unos cinco o seis bebés que pasaban de brazo en brazo, dormían en algún cochecito o eran alzados por hijas mayores.

Tal como pude registrar a partir de entrevistas y observaciones, esta posibilidad era valorada por las mujeres, que reconocían que acudir acompañadas de sus hijos e hijas les había permitido retomar estudios y de esa manera cumplir con proyectos aplazados durante un tiempo. Asimismo, la posibilidad de incorporarse en actividades por fuera del ámbito del hogar y generar lazos de confianza e incluso de amistad con otras mujeres constituía otro aspecto recurrentemente señalado como relevante. El testimonio de Carla, titular del distrito de Tres de Febrero, con tres hijos a cargo, resulta ilustrativo de estas cuestiones:

Yo a los 17 dejé el colegio porque había quedado embarazada. Para mí terminar el colegio fue lo mejor que me pasó porque yo dije «nunca más termino el colegio, con tres chicos no lo voy a terminar». Mi mamá también trabaja limpiando, cuidando chicos y ella no me puede cuidar los chicos, tan chiquitos. Lo bueno del pro-



grama es que cuando empezó el Fines, podíamos ir con los chicos. Yo iba con los tres. Ella tomaba la teta, no caminaba ni nada. Me iba con el cochecito. Y después nos empezamos a hacer amigas, ¿viste? A hablarnos. Y como que se fue formando un lindo grupo. Y cada una después se llevaba, ponele llevábamos galletitas. Los dejábamos a los chicos en un lado. [...] Para muchas chicas la cooperativa fue un escape de salir de la casa. Hay mujeres que nunca salieron de su casa del tema de criar a los chicos, de estar todo el tiempo así, de no tener ni una chica con quien hablar. Algunas chicas tuvieron la oportunidad de abrirse.

Carla, titular del *Ellas Hacen* en el distrito de Tres de Febrero.

Entrevista realizada en noviembre de 2018.

Si, por un lado, incorporarse a espacios formativos compartidos con otras mujeres proveía la posibilidad de construir formas de vida que descentren de roles derivados de la tradicional división sexual del trabajo —«salir de la casa / de criar chicos» «abrirse» a conocer otras mujeres—, la construcción de estas interacciones y vínculos por fuera del hogar suponía necesariamente dinámicas en las que el cuidado infantil permanecía siempre presente, a partir de la realización simultánea de diversas tareas. La presencia de niños y niñas durante las capacitaciones y la puesta en común acerca del modo en que su atención imponía demandas a veces difíciles de articular con la participación en actividades propuestas por el programa permitía el reconocimiento de estas cuestiones como asuntos compartidos, dando lugar a procesos de organización dirigidos a su abordaje.

Las cooperativas proporcionaban un espacio donde poner en común problemas, hacer circular consejos, informaciones y distintos tipos de ayudas (Pacífico 16-18). En coincidencia con lo que ha señalado Sciortino (*Lugar* 8-9), la amistad emergía como una forma de referenciar estas prácticas de cuidado mutuo desde las que se organizaban las prácticas colectivas. A partir de la construcción de vínculos entre las titulares, circulaban ayudas que permitían resolver asuntos vinculados a las necesidades y crianza de los hijos, generando un contexto que tensionaba la asociación entre los cuidados y el ámbito privado. A la hora de cumplir con las capacitaciones, de asistir a una reunión o incluso al planificar encuentros sociales, quienes tenían hijos e hijas de edades similares solían ponerse de acuerdo para llevarlos y promover que jueguen entre sí mientras ellas conversaban o participaban de alguna actividad. Quienes ya no tenían a su cargo hijos e hijas menores y contaban con mayores posibilidades de acomodar horarios solían colaborar en la atención de las y los más pequeños durante las capacitaciones. De esta manera, la construcción de vínculos de confianza y afecto entre titulares proporcionó una base desde donde generar arreglos de cuidado, problematizando el abordaje familiarista dado por supuesto desde la administración estatal.

En algunos casos, estas prácticas de organización se proyectaron por fuera del programa y dieron lugar al desarrollo de espacios de cuidado infantil y asistencia alimentaria que se articularon con la generación de propuestas formativas y espacios de encuentro entre mujeres. En esta dirección, resulta ilustrativa la experiencia de Laura, presidenta de una cooperativa y titular del programa en el distrito de Moreno. Al igual que Carla, Laura consideraba que su participación en los espacios propuestos por el *Ellas Hacen* había motorizado nuevos horizontes para su vida, transformando



una vida cotidiana y tensionando una vida que por entonces estaba ocupada principalmente por actividades vinculadas al cuidado de su hijo y sus dos hijas.

Laura ya había terminado el secundario al momento de ingresar al programa y sus hijas e hijo rondaban entre los 9 y los 13 años de edad. Una de las primeras funciones que ella cumplió en el marco del programa consistió en la gestión de planillas de asistencia de otras titulares que se encontraban cursando sus estudios secundarios. Estas funciones como «referente de sede» en el *Plan Fines* la pusieron rápidamente en contacto con otras mujeres y la motivaron a gestionar ayudas para resolver diferentes situaciones problemáticas que se compartían en interacciones mantenidas durante las clases. Sus compañeras acudían a ella cuando tenían dudas sobre la gestión de distintos programas sociales o tenían que resolver problemas vinculados a la violencia en sus vínculos de pareja, la tenencia de sus hijos, entre otras. Laura comenzó a estrechar vínculos personales con funcionarias del Estado municipal, a quienes podía recurrir para aclarar dudas sobre trámites o solicitar recursos. Además, ella fue construyendo una trayectoria como militante y «referente territorial»: se unió a una agrupación política del distrito y empezó a proyectarse trabajando «en la gestión».

En su militancia, confluían tanto la voluntad por «ayudar a otras mujeres» como su interés por construir horizontes personales de «crecimiento», que le permitían superar experiencias previas. Solía decir que luego de haber pasado por una «situación de violencia» con su exmarido había reconocido la importancia de tener su autonomía. A esta situación se le sumaba una complicación de salud que había atravesado antes de ingresar al programa: un golpe accidental en la cabeza le había provocado amnesias temporarias y desorientación, estado del cual se recuperó tras estar un año en rehabilitación, asistiendo a neurólogos y realizando diversos ejercicios:

Yo dije éste es mi tiempo, es mío. Ahí como que yo hice un clic. Es mi tiempo, yo lo voy a usar para mí y con esto voy a avanzar. No importa que no haga la comida. No importa que no termine de bañar a los chicos, me voy. [...] Pienso que me refugié mucho también en el programa. Tenía que superar lo del accidente, de que me decían que no podía. Y valorarse, no es que no me valoraba, pero en el sentido de valorarme yo como yo, como Laura. Siempre era «la mamá de», «la mujer de». Y ahí era como que me reconocían por ser yo, no por la mamá de alguien. Podía ser yo. Decir... «Mirá lo que organicé». O lo que pude hacer, solamente le dije a [nombre de funcionaria municipal] y le resolvió un problema. Esa satisfacción, no sé, no sé si satisfacción no sé cómo se explica. Pero era eso que me entusiasmaba.

Laura, titular del *Ellas Hacen* en el distrito de Moreno.

Entrevista realizada en diciembre de 2018.

Como se hace explícito en las palabras de Laura, la posibilidad de «valorarse» y «avanzar» aparece especialmente ligada a la idea de descentrar del rol de cuidadora y ser reconocida de un modo diferente al de «la mamá de alguien» o «la mujer de». La posibilidad de construir un horizonte de crecimiento personal, proyectarse trabajando en áreas del Estado y ganarse un lugar entre sus compañeras requería de una compleja articulación de tiempos y de poner en suspenso una serie de tareas de cuidado: hacer la comida, bañar a los chicos.





Tras ingresar a un espacio colectivo y tomar contacto cotidiano con otras mujeres y con funcionarias municipales, fue posible para Laura el despliegue de formas de autocuidado –valorarse, construir un tiempo propio– y la constitución de redes de colaboración con otras mujeres, en las que la generación de estrategias comunitarias de cuidado infantil ocupó un lugar preponderante. Durante su tránsito como «referente de sede», del *Plan Fines*, Laura registró, del mismo modo que lo había destacado Carla, la presencia de muchos niños y niñas que acompañaban a sus madres. Como forma de ayudar a las mujeres e incentivarlas a que continúen sus estudios se propuso organizar actividades recreativas para sus hijos e hijas, llevando artículos de librería, juegos y hasta harina para que elaboren panes.

En 2016, Laura impulsó la creación de una sede de estudios del *Plan Fines* en su barrio y se ocupó de gestionar inscripciones, conseguir un lugar, transmitir información sobre requisitos y modalidad de cursada. Esta iniciativa tuvo lugar durante un periodo en el que la implementación del *Ellas Hacen* atravesaba una etapa de reformulación y reestructuración que supuso la ausencia de propuestas formativas y laborales para las titulares que, como Laura, ya habían finalizado sus estudios secundarios⁶. Cuando me comentó el proyecto de la nueva sede, ella destacó que el horario elegido para las clases, de 13 a 17, estaba pensado en sintonía con los horarios de las escuelas primarias y jardines infantiles, buscando saldar una vacancia de espacios de formación que contemplaran esta necesidad de «las mamás del barrio» que quisieran terminar sus estudios. Además, Laura ofrecía a las estudiantes la posibilidad de ir a cursar acompañadas por sus hijos e hijas, proponiendo «mirarlos» o planificando actividades para ellos. Cuando la sede de *Fines* comenzó a funcionar, tomó datos de los hijos e hijas de las estudiantes que acudían y solicitó al municipio mercadería para un merendero. Muchas veces, eran sus propias hijas, que ya tenían entre 12 y 15 años, quienes colaboraban en la atención de los niños y niñas menores, organizando juegos o sirviendo la leche.

Una tarde de junio de 2017, Laura me convocó a una «charla de mujeres» que había organizado en dicha sede de estudios, la cual contaría con la presencia de Marisol, una abogada de la Dirección de Políticas de Género. La intención de la charla era por un lado «dar a conocer» el trabajo que realizaban desde la Dirección. Además, el conocimiento especializado de Marisol les permitiría a quienes asistieran a la charla poder consultar y sacarse dudas sobre temas relativos al campo jurídico. Éramos aproximadamente una veintena de mujeres entre las que se encontraban estudiantes y profesoras del *Fines*, integrantes de cooperativas del *Ellas Hacen*, vecinas del barrio e integrantes de la cooperadora de la escuela a la que asistían los hijos de Laura.

⁶ Como señalan distintos trabajos, a partir de la asunción de la alianza Cambiemos al Gobierno Nacional, se generó un proceso de reestructuración de la política social, que estuvo atravesado por una mayor tendencia hacia la interpelación individual de los y las titulares y a la aplicación de teorías del capital humano, en desmedro del fomento al asociativismo y la economía social (Lattera, Eliosoff y Costantino 26, Hopp 36).

Nos ubicamos en círculo y le dimos la bienvenida a Marisol, que dijo que estaba allí para comentarles cómo trabajaban «desde la dirección» y que la información podía servirles para ayudar a una amiga, vecina, conocida que se encontrase «pasando por una situación de violencia». Aclaró explícitamente que no le gustaba hablar de «víctimas», porque esto suponía un lugar pasivo y que quienes «atraviesan violencia» estaban «pasando» por una situación transitoria, de la que era posible salir. Luego de algunos intercambios breves acerca de lo que Marisol mencionó como las «causas culturales» de la violencia y su anclaje en el patriarcado como sistema de opresión, varias de las mujeres fueron compartiendo experiencias personales, consultando dudas y solicitando información a la abogada. La mayoría de estos intercambios giraron en torno a los trámites administrativos a seguir para realizar denuncias, solicitar una orden de restricción perimetral, exigir cuota de alimentos o tener acceso a un abogado gratuito, entre otras. Mediaciones, regímenes de visitas, embargo de asignación, cuotas alimentarias, denuncias y exposiciones civiles formaron parte de los intercambios marcando una superposición de problemáticas vinculadas tanto a la violencia en los vínculos de pareja como a la resolución de asuntos derivados al cuidado y mantenimiento de los hijos e hijas.

Entre estos intercambios, Maite, una estudiante del *Fines* de 25 años con tres hijos de entre 3 y 8 años, comenzó a hacer preguntas sobre cuestiones referidas a la tenencia parental en caso de que el padre sea denunciado por violencia. Marisol respondió que sólo si se consideraba que existía un riesgo para los niños y niñas podrían verse afectados los derechos parentales y que aun en esos casos la quita de tenencia era provisoria y reversible. Maite siguió preguntando y sin dejar de expresar algo de vergüenza, sus palabras fueron adoptando la primera persona, dando a entender que exponía una realidad personal. Tanto Laura como otras de las mujeres presentes intervinieron animándola y recuperaron experiencias personales en situaciones similares. Maite había denunciado a su pareja y él se había declarado culpable en un juicio abreviado. Recibió una condena de pocos años que cumplió haciendo tareas comunitarias y sin prisión efectiva. La situación había transcurrido ya hacía algún tiempo y habían vuelto a convivir. Según reconstruyó Maite, en el vínculo ya no había violencia física, pero existían otras prácticas que la condicionaban y coartaban sus libertades:

Por ejemplo, si la mujer quiere estudiar y te dice que no, que para qué. Si decís, «voy a trabajar los fines de semana» porque es el momento en el que él no trabaja y se puede quedar con los chicos, y te dice «no, para qué vas a trabajar». Si no quiere que hagas nada de eso, eso también es violencia, ¿no? Yo veo que a veces estoy organizándome todas las actividades que tengo que hacer, en el horario que él trabaja, para que cuando él vuelva, yo estar en casa. Y eso no debería ser así, ¿no? Debería ser que cuando él no trabaja se tendría que quedar con los chicos también y dejar que yo estudie o trabaje, ¿no? Porque a los chicos los hicimos nosotros dos.

Maite, Registro de Campo Moreno, 16-6-17.

Marisol le respondió afirmativamente y se dedicó a citar aspectos de la legislación vigente, remarcando que los distintos tipos de violencia contemplados trascendían aquella vinculada a las agresiones físicas, para incluir cuestiones psicológicas,



económicas o simbólicas. La conversación cerró con una invitación a que Maite se uniera a unas charlas que tenían lugar semanalmente en la Dirección con mujeres que estaban «intentando salir de situaciones de violencia». Cuando la reunión se fue diluyendo, Laura quedó conversando con ella y le aseguró que de a poco iba a «poder salir», que ya había hecho mucho comenzando a estudiar y que se «notaba el cambio» desde que se había acercado por primera vez a la sede. Recordé entonces un intercambio que Laura había tenido con ella el día que se acercó a anotarse en el secundario, tan sólo cuatro meses atrás. Además de explicarle pacientemente asuntos referidos a la documentación y plazos de inscripción y ante la sorpresa de Maite, Laura le había pedido los datos de sus hijos e hijas para «anotarlos al merendero». Le explicó que como sabían que las mujeres no tenían con quién dejar a los hijos y que, llegada cierta hora de la tarde, los niños y niñas comenzaban a tener hambre, habían solicitado asistencia alimentaria al municipio. De esta manera, ella podría estudiar tranquila y «no preocuparse» por «la hora de la leche». Sin salir de su asombro, Maite recibió con agradecimiento esta posibilidad y dijo que entonces «no tenía excusas para no estudiar».

Los esfuerzos de Laura por contemplar estas necesidades a la hora de definir horarios y modalidades para las clases del *Fines* constituyen sin lugar a dudas una evidencia del lugar protagónico que ocupan las organizaciones sociales y espacios comunitarios en la provisión del cuidado en sectores populares (Pautassi y Zibecchi 64, Santillán 92, Vega y Martínez 67). Pérez Orozco (*Amenaza* 23) ha resaltado específicamente que, a partir de que el Estado y los mercados eludieron sus responsabilidades sobre el cuidado de la vida, la redistribución de los cuidados se produce muchas veces en el seno del colectivo femenino. Es decir, se generan procesos de transferencia de trabajos de cuidado entre las propias mujeres, siguiendo ejes de poder, ya sea a partir de relaciones que se dan en la familia extensa, o en base a la externalización del cuidado mediante el trabajo remunerado. En nuestro análisis, observamos también una feminización de este trabajo a través de prácticas «voluntarias» o «comunitarias» no remuneradas, enmarcadas en formas de militancia desarrolladas por «referentes» barriales o como parte de vínculos de amistad. «Pedir un merendero» al municipio no era otra cosa que gestionar la provisión de objetos materiales como leche, azúcar, harina y aceite. Laura se encargaba de recibir la mercadería en su casa, almacenarla y llevarla a la sede de *Fines*. Con ayuda de sus hijas y otras mujeres del barrio se ocupaba de cocinar y acompañar las prácticas de comensalidad de los niños. Para que algunas mujeres pudiesen estudiar, otras cubrían la insuficiencia de servicios públicos de cuidado con trabajo comunitario no remunerado, en un proceso que algunas autoras han dado en llamar como un subsidio de abajo hacia arriba (Fournier 100) o colectivización de los cuidados (Díaz Lozano 52).

Tanto las experiencias que pone en común Carla como las situaciones acontecidas en torno a la sede de *Fines* que gestionaba Laura dan cuenta claramente de la existencia de un conjunto de tramas colaborativas dirigidas a resolver el cuidado infantil, las cuales, al tener como rasgo característico el hecho de encontrarse mayoritariamente a cargo de mujeres, evidencian continuidades en la feminización del trabajo de cuidados. Así, podemos sostener que la politización y desprivatización de



los cuidados transcurría en nuestro contexto de análisis como parte de una construcción cotidiana asociada a formas de sociabilidad femenina, encontrando límites a la hora de promover un mayor involucramiento masculino en estos trabajos.

De manera recurrente, estas formas de «ayudarse mutuamente» para resolver la atención infantil tenían lugar en espacios –como sedes de estudios o espacios formativos dirigidos a mujeres adultas– que no estaban inicialmente e institucionalmente pensados como espacios de cuidado dirigidos a la infancia. Las prácticas de cuidado aparecían frecuentemente solapadas bajo diferentes acciones que *a priori* pueden parecer más indirectas, tales como «mirar», «tener», «estar con», «llevar a los chicos». Las dificultades para hacer reconocible y visibilizar la importancia de este trabajo de cuidados como un asunto público y político que trasciende los intereses exclusivos de un sector poblacional, en este caso mujeres con niños y niñas a cargo, puede ponerse en relación con algunas características específicas de este tipo de trabajos. Desde distintos aportes conceptuales, se ha remarcado que una de las dificultades que enfrenta la visibilización de los cuidados consiste justamente en que su realización trasciende la ejecución concreta de acciones, para suponer también un «estado mental» que implica una predisposición continua de atención y disponibilidad y la simultaneidad de tareas (Carrasco 23; Folbre, *Measuring* 193; Carrasco, Borderías y Torns 66). Así, el cuidado posee particularidades con respecto a otros trabajos, en tanto supone relaciones afectivas que resultan indisociables de las actividades realizadas (Carrasco 7) requiriendo a menudo de un sentimiento de preocupación –*care*– por los demás dirigido a que estas personas se sientan cuidadas (Folbre, *Holding* 75). Esta apuesta analítica por capturar las características específicas de los trabajos de cuidado ha permitido analizarlos descentrando de la referencia exclusiva al trabajo asalariado y a los procesos de reproducción de la mano de obra para pensar al cuidado como un «bien público» (England 386), cuya importancia se asocia a la construcción de condiciones de posibilidad para la sostenibilidad de la vida (Carrasco 5, Pérez Orozco, *Amenaza* 10). Asimismo, colocar la atención a los procesos a partir de los cuales se producen vidas «vivibles» o «que valgan la pena de ser vividas» nos permite problematizar la oposición entre seres autónomos o proveedores de cuidados y seres dependientes o pasivos receptores de los mismos, para situar a la vulnerabilidad e interdependencia como condiciones generales de la vida humana (Pérez Orozco, *Amenaza* 13, Herrero 289).

Tomando estos aportes para nuestro caso de análisis, podemos decir que, al construir prácticas colectivas de cuidado, las mujeres no sólo generaban estrategias dirigidas a resolver «qué hacer con los chicos», sino que compartían la preocupación, colectivizando al menos una parte de la carga o estado mental involucrado en el cuidado. Así, por ejemplo, al considerar la posibilidad de una merienda para los hijos e hijas de las estudiantes, Laura no sólo buscaba resolver su necesidad de alimentación, sino aliviar la «carga mental» de sus madres: «que no tengan que preocuparse por la hora de la leche». El reconocimiento de que otras personas también estarían «mirando» o «atentas a» los niños o niñas hacía posible la participación de mujeres en espacios dirigidos a su formación. Si bien estas redes de ayuda eran movilizadas exclusivamente por mujeres, dando cuenta de la vigencia de sentidos tradicionales de género, resulta relevante destacar que estas formas colectivas de proveer cuidados



acababan siendo catalizadoras de otros procesos. Estas tramas colaborativas no sólo permitían atender las necesidades de niños y niñas, también daban lugar al reconocimiento de las desigualdades de género que se ciernen sobre las posibilidades de participar en espacios formativos o laborales. Así, por ejemplo, si Maite inicialmente había evocado la idea de «excusa» para referirse a las complicaciones que el trabajo de cuidado le imponía a su objetivo de finalizar estudios, como si se tratara de una suerte de falta de voluntad, luego de algunos meses de mantener interacciones cotidianas con otras mujeres en la sede del *Fines*, sus interpretaciones variaban. Las dificultades para estudiar o trabajar comenzaban a ser interpretadas como parte de una relación de pareja que podía calificarse como violenta, dando lugar a una mirada crítica del ideal de masculinidad desvinculado del cuidado de los hijos e hijas. Al compartir estos cuidados con otras mujeres y reflexionar con ellas acerca de cuál es la forma más justa de llevar adelante este trabajo, no sólo se replanteaba la definición de estos temas como asuntos individuales y privados, sino que también surgía la relevancia de construir condiciones de posibilidad para el autocuidado, proyectando «salidas» a situaciones de violencia y el acceso a prácticas –como estudiar, trabajar, encontrarse con otras mujeres– hasta entonces vedadas.

Los procesos de organización colectiva analizados aquí implican el desarrollo de dispositivos que no sólo contemplan las necesidades de atención de personas comúnmente definidas como dependientes –en este caso niños y niñas– para tener en cuenta también la relevancia de construir formas de cuidado dirigidas a mujeres adultas, quienes suelen ser definidas prioritariamente como cuidadoras desde la intervención estatal. La posibilidad de compartir la carga mental vinculada a las necesidades de hijos e hijas y de construir espacios de habla y escucha, de reflexión y contención afectiva emergieron, formaban parte de aquello que era posible construir cuidando colectivamente. Las tramas colaborativas producidas entre mujeres demuestran la porosidad de los límites entre el cuidado de «los otros/ dependientes» y el «autocuidado». Los arreglos colectivos descritos en estas páginas poseen la potencialidad de modelar aquello que se entiende por cuidado, sus potenciales destinatarios y la forma en que se definen cuáles son las condiciones más favorables para su desarrollo, tensionando abordajes familiaristas e individualizantes.

3. REFLEXIONES FINALES

En este artículo, movilizamos un abordaje etnográfico de los cuidados, el cual estuvo centrado en las prácticas cotidianas de mujeres de sectores populares titulares de programas sociales. En conjunto, las reconstrucciones etnográficas incluidas aquí evidencian que ante los condicionamientos que imponen la escasez de provisión pública de servicios de cuidado, la insuficiencia de recursos económicos para externalizar esta necesidad a través del mercado y la vigencia de sentidos de la masculinidad desvinculados de estos trabajos, el abordaje colectivo de los cuidados se despliega por medio de entramados de relaciones que desbordan los límites de la familia nuclear. Dimos cuenta de la existencia de tramas de colaboración entre mujeres que permitieron resolver la atención de los niños y niñas y, así, garantizar



las condiciones de posibilidad para participar de espacios formativos vinculados a un programa social. En este sentido, las prácticas reconstruidas aquí imprimen matices a las visiones maternalistas de los cuidados y a la idea de madre cuidadora como principal destino o como contenido prioritario desde el que se construye la participación en procesos de organización colectiva o la titularidad en programas estatales. Asimismo, el artículo propuso una focalización en los modos en que se entraman el cuidado de los otros –en este caso, niños y niñas de temprana edad– y el autocuidado, indagando en el modo en que la generación de tramas colaborativas entre mujeres da lugar a la problematización de sentidos tradicionales de género.

El desarrollo de los cuidados se encuentra atravesado por una serie de oposiciones binarias tales como la de público/privado, masculino/femenino, doméstico/político, productivo/reproductivo cuya problematización ha sido históricamente objeto de análisis dentro de la teoría feminista. Amaia Pérez Orozco (*Subversión*, 205) ha sintetizado la incidencia jerárquica de estas dicotomías, reconstruyendo el modo en que las distintas categorías que forman parte de los polos se interconectan dando lugar a un esquema de pensamiento según el cual las experiencias del sujeto privilegiado en el sistema económico dominante –el varón blanco, burgués, adulto y heterosexual– constituyen el punto de referencia desde donde valorizar a «los otros». La particularidad de la noción de cuidados radica justamente en que, por situarse en las fronteras –entre el ámbito privado y público, la dependencia y la autonomía, lo colectivo y lo individual–, permite pensarlas, abriendo un camino fértil para problematizar la mirada dual que se desprende de la «epistemología hetero-patriarcal» (Pérez Orozco, *Subversión* 200).

La reconstrucción etnográfica de prácticas colectivas de cuidado permite contribuir a tensionar estas dicotomías, mostrando específicamente su resolución a través de relaciones y espacios que exceden al ámbito de lo privado e individual; pero también dando lugar a repensar los límites entre la autonomía y la dependencia. Pensar desde una perspectiva centrada en la producción de dinámicas colectivas permite poner el foco en el carácter necesariamente dinámico y abierto de su *transcurrir*, priorizando un enfoque centrado en los procesos antes que en la consecución de resultados prefijados de antemano (Fernández Álvarez, *Hacer* 12). Volcada al estudio de los cuidados, esta lente habilita a interrogar aquello que se produce en el proceso de cuidar. A lo largo de este artículo mostramos que el desarrollo de prácticas colectivas de cuidado permitió tensionar roles de género, visibilizar formas de violencia y ampliar los límites de aquello que puede proyectarse como forma de vida deseable. Sistematizar la pluralidad de acciones, reflexiones y relaciones que se ponen en juego en el proceso de cuidar constituye una acción de relevancia para encaminarse hacia la necesaria y urgente problematización de las injusticias que rodean su distribución. Articuladamente, atender a lo que producen las formas colectivas de cuidado puede brindar claves analíticas interesantes para la comprensión de los modos en que se construyen, desde las prácticas de las organizaciones colectivas, horizontes de posibilidad y proyecciones vinculadas a su desfamiliarización y a la problematización de las asimetrías de género y violencias que se le asocian.

RECIBIDO: 24 de abril de 2021; ACEPTADO: 30 de septiembre de 2021



BIBLIOGRAFÍA

- AMAYA GUERRERO, Romina; GUERRERO, Gabriela y ZANGARO, Marcela. «Reflexiones sobre el trabajo de cuidados: análisis de la experiencia del Programa “Ellas Hacen”». *Mediações-Revista de Ciências Sociais*, 23:3 (2019), pp. 195-221.
- ANZORENA, Claudia. *Mujeres en la trama del Estado: Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza: Ediunc. 2013.
- ARCIDIACONO, Pilar y BERMUDEZ, Ángeles. «Ellas hacen. Programas sociales y exigencias a las mujeres en Argentina». *Estudos Feministas*, 26:2 (2018), pp. 2-16.
- CARRASCO, Cristina. «La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres?», en Leon, Magdalena, *Mujeres y trabajo, cambios impostergables*. Porto Alegre: Veraz Comunicação. 2003, pp. 11-49.
- CARRASCO, Cristina; BORDERIAS, Cristina y TORNES, Teresa. «El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales», en *El trabajo de cuidados: historia, teoría y política*. Madrid: Catarata, 2011, pp. 11-93.
- DALY, Mary y Jane. «The Concept of Social Care and the Analysis of Contemporary Welfare States». *British Journal of Sociology*, 51 (2000), pp. 281-298.
- DIAZ LOZANO, Juliana. «La cocina de lo comunitario femenino La “potente ambivalencia” de colectivizar los cuidados». *Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos*, 3:1 (2020), pp. 48-64.
- ENGLAND, Paul. «Emerging Theories of Care Work». *Annual Review Sociology*, 31 (2005), pp.381-399.
- ESPINOSA, Cecilia. «Equivocándote aprendés. Dinámicas corporales, dinámicas ejemplares», en Fernández Álvarez, María Inés, *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos, 2016, pp. 275-294.
- ESQUIVEL, Valeria. *La economía del cuidado en América Latina. Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda*. Panamá: PNUD, 2011.
- FAUR, Eleonor. *El cuidado infantil en el siglo XXI: mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014.
- FERNANDEZ ÁLVAREZ, María Inés. «Cuidar la fábrica, cuidar a los hijos. Roles de género, trabajo y acción colectiva a partir de un proceso de recuperación de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires». *Runa*, 26:1 (2006), pp. 7-25.
- FERNANDEZ ÁLVAREZ, María Inés, (ed.) *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. 2016.
- FERNANDEZ ÁLVAREZ, María Inés y PACÍFICO, Florencia. «Empresas recuperadas en Argentina: producciones, espacios y tiempos de género». *Tabula Rasa* 12 (2010), pp. 119-135.
- FERNANDEZ ÁLVAREZ, María Inés y PACÍFICO, Florencia. «Cuidados, trabajo y formación. Reflexiones a partir de una etnografía sobre programas de ‘inclusión social’ destinados a cooperativas de mujeres». *V Encuentro Internacional de Investigación de Género*. Luján. (2016).
- FOLBRE, Nancy. «Measuring Care: Gender, Empowerment, and the Care Economy». *Journal of Human Development*, 7:2 (2006), pp. 183-199.
- FOLBRE, Nancy. «Holding Hands at Midnight: The Paradox of Caring Labor». *Feminist Economics* 1:1 (1995), pp. 73-92.



- FOURNIER, Marisa. «La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense ¿Una forma de subsidio de “abajo hacia arriba”?». *Trabajo y sociedad*, 28 (2017), pp. 83-108.
- HERRERO, Yayo. «Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible». *Revista de Economía Crítica*, 16 (2013), pp. 278-307.
- HOPP, Malena. «Transformaciones en las políticas sociales de promoción de la economía social y del trabajo en la economía popular en la Argentina actual». *Cartografías del Sur*, 6 (2017), pp. 19-41.
- LATERRA, Patricia; ELIOSOFF, María Julia y COSTANTINO, Agustina. «El sesgo de género en la política de austeridad de Argentina, 2015-2019. Una mirada desde la economía feminista». *Clepsydra. Revista Internacional de Estudios de Género y Teoría Feminista*, 20 (2021), pp. 9-37.
- MINISTERIO de Desarrollo Social de la Nación «Primer Informe. Antecedentes, creación y primera etapa de Ellas Hacen». Argentina, 2014.
- MINISTERIO de Desarrollo Social de la Nación. «Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen. Perfil de los titulares y aspectos evaluativos». Argentina, 2015.
- MOLYNEUX, Maxime. *Change and Continuity in Social Protection in Latin America Mothers at the Service of the State?* Ginebra: Unrisd. Gender and Development Programme Paper 1. 2007.
- PACÍFICO, Florencia. «Hacer política con y desde las casas: Reflexiones etnográficas sobre prácticas colectivas de mujeres titulares de programas sociales». *Ciudadanías*, 7 (2020), pp. 1-30.
- PAUTASSI, Laura. *Programa familias por la inclusión social. Entre el discurso de derechos y la práctica asistencial*. Buenos Aires: CELS. 2007.
- PAUTASSI, Laura y ZIBECCHI, Carla. «La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de transferencias condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias». *Serie Políticas Sociales CEPAL*, 159 (2010), pp. 1-84.
- PEIRANO, Mariza. «Etnografía não é método». *Horizontes Antropológicos*, 20:42 (2014), pp. 377-391.
- PÉREZ OROZCO, Amaia. «Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico». *Revista de Economía Crítica*, 5 (2006), pp. 7-37.
- PÉREZ OROZCO, Amaia. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate*. Madrid: Traficantes de Sueños. 2014.
- PICCHIO, Antonella. «La economía política y la investigación sobre las condiciones de vida», en Cairo i Cespedes, Gemma y Mayordomo Rico, Maribel (comp). *Por una economía sobre la vida Aportaciones desde un enfoque feminista*. Madrid: Icaria, 2005, pp. 17-34.
- RAZAVI, Shahra *The Political and Social Economy of Care in Development Context. Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options*. Geneva: UNRISD. 2007.
- ROCKWELL, Elsie. *La Experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós. 2009.
- RODRIGUEZ ENRIQUEZ, Corina. «La organización del cuidado de niños y niñas en Argentina y Uruguay». *Serie Mujer y desarrollo CEPAL*, 90 (2007), pp. 1-67.
- RODRIGUEZ ENRIQUEZ, Corina. «Programas de transferencias condicionadas de ingreso e igualdad de género: ¿Por dónde anda América Latina?» *Serie Mujer y desarrollo CEPAL*, 109 (2011), pp. 1-39.



- RODRIGUEZ GUSTA, Ana Laura. «¿Destinatarias emprendedoras o beneficiarias dependientes?: Segmentaciones discursivas en la implementación municipal de una política social en la Argentina». *Cuadernos de Antropología Social*, 37 (2013), pp. 137-169.
- SANTILLAN, Laura. «El cuidado y la educación infantil en experiencias comunitarias. Un análisis antropológico». *Educação, Sociedade & Culturas*, 41 (2014), pp. 91-108.
- SCIORTINO, Silvana. «Una etnografía sobre arreglos familiares, leonas y mujeres superpoderosas. Prácticas compartidas entre las titulares del ‘Ellas Hacen’». *Cuadernos de Antropología Social*, 48 (2018), pp. 55-71.
- SCIORTINO, Silvana. «El lugar de la afectividad al momento de “hacerse una cooperativa”: trabajos, cuidados y organización colectiva». *Ponencia presentada en el 12º Congreso Argentino de Antropología Social*, (2021).
- VEGA, Cristina y MARTINEZ, Raquel. «Explorando el lugar de lo comunitario en los estudios de género sobre sostenibilidad, reproducción y cuidados». *Quaderns-e de l’Institut Català d’Antropologia*, 22:2, (2017), pp. 65-81.
- VORIA, Andrea. «Las políticas públicas frente al dilema de la violencia de género y del cuidado: paradojas del programa “ellas hacen” en Argentina». *La ventana. Revista de estudios de género*, 6:50 (2019), pp. 205-230.
- VUOTTO, Mirta. *El cooperativismo de trabajo en la Argentina: contribuciones para el diálogo social*. Lima: OIT. 2011.
- ZIBECCHI, Carla. «Mujeres cuidadoras en contextos de pobreza: el caso de los Programas de Transferencias Condicionados en Argentina». *Revista Estudos Feministas*, 22:1 (2014), pp. 91-113.

